

Control de los descontentos:

«con las providencias dadas para que no se embarquen granos hai muchos descontentos... interesados en la extracción de ellos, mirando solo al particular fin de su utilidad y posponiendo la manutencion y conservacion dela isla».

En ocasiones, la situación se presta a derivaciones hacia otras cuestiones, como en el caso de la milicia, que aprovecha sus reclamaciones coyunturales para señalar también que están

«mui faltos de balas de a siete, y a cinco, de pedernales para las escopetas, de coleta para cartuchos»

y hasta de aceite para

«mantener luz en los rebatos».

O en las decisiones de la justicia:

«Que por ahora no se despachen execuciones, ni se decreten prisiones por deudas ni delitos no graves».

Cuando los problemas se multiplican las disposiciones atienden a todo: limpieza de aljibes, formación de juntas o incineración de animales muertos o

«que los pobres miserables se detubiesen alli mantenidos por no infestar las demas yslas... con su multitud pobreza, clamores y enfermedades».

Finalmente, también la iglesia tomó providencias mayores:

«en el fundado dictamen christiano de que esos castigos, y terrores son expresiones de la indignación divina, provocada por nuestras culpas; hemos atendido a solicitar su clemencia con oraciones y rogativas públicas en toda la Diócesis»; «en este propio Cabildo, aviéndose conferenciado sobre si el Cabildo iría con sobrepellizes, o capas de coro, botado por bolillas secretas, *duabus tandis discrepantibus*, se acordó se vaia con capa de coro en demostración de su sentimiento».

La cuarta reacción tomó el camino de la ciencia. Los más notables resultados fueron, primero, el mapa eruptivo de 1730, temprano modelo de cartografía del fenómeno en uno de sus estados, de la ponderación precisa de las dimensiones y lugares de la catástrofe y de su prevención, que constituye un documento volcanográfico de primera entidad. Segundo, el famoso relato del cura de Yaiza, que constituye una fuente esencial para los primeros momentos de la erupción de Timanfaya. Tercero, el asombroso seguimiento de la erupción de 1824, preciso y constante de Ginés de Castro. Y, cuarto, los croquis y análisis efectuados en esta última manifestación eruptiva, denotando el espíritu ilustrado y positivo que ya en esas fechas existía en la población.

En fin, lean este estupendo libro. No sólo se enterarán de los volcanes insulares, sino de su inserción real

en la vida y disfrutarán como si leyesen un relato coral de la isla en un momento de emergencia. Hoy, lo que fue desgracia es paisaje. Un paisaje evocador de las erupciones, porque está formado esencialmente por el dinamismo detenido de los volcanes, por la solidificación repentina del flujo de las lavas y las explosiones de los cráteres. En el libro se oyen también las voces de quienes veían perdidas sus haciendas. Hoy las voces se han ido y el paisaje se ha vuelto fuente de ingresos y escenario de interés y de amistad. Aunque sea en geografías nacidas de la catástrofe, también es posible esta amistad: ojalá fuera siempre aplicable aquella idea de Borges de que el hombre, tan propenso siempre a ser enemigo de otros hombres, no podría serlo de sus paisajes.— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

*Un atlas de Asturias**

Este atlas se encuadra en una obra de mayor extensión, según se deduce de su título y de su numeración. Se trata de un volumen de considerable tamaño, rondando las 300 páginas y el tono general de su contenido se mantiene en un nivel medio-alto.

No se escatiman en la obra medios gráficos, pues el color está presente en la mayoría de las ilustraciones. La edición es muy cuidada, pues apenas se aprecian errores en sus textos y gráficos y la calidad lograda en la mayoría de sus imágenes, especialmente en algunas fotografías aéreas, es muy notable. Obligado es reconocer que se alcanzan unas cotas de calidad no muy abundantes en obras similares.

La autoría del atlas no aparece muy clara en su apartado correspondiente de la contraportada, pero de ella parece deducirse que la cartografía 1/100.000 es independiente del resto, y que el grueso de la obra corresponde al equipo del Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo. Y como tal obra global hay que entenderla, dado que los textos y mapas carecen de firma individualizada.

El contenido de la obra, por su parte, está dividido en quince apartados, que cabe reunir en cuatro grupos. Uno primero corresponde al mapa 1/100.000 y a una colección de imágenes de satélite a escalas 1/150.000 y 1/200.000; es un grupo estrictamente gráfico, sin texto

* *Gran atlas del Principado de Asturias. Atlas geográfico*, Ediciones Nobel, Oviedo, 1997, 297 págs.

alguno, cuyas 50 páginas ocupan una sexta parte de la extensión total. Un segundo grupo, dedicado a la geografía física, incluye en 48 páginas, y en seis apartados diferentes, los aspectos clásicos de relieve, tiempo y clima, cuencas hidrográficas y cubierta vegetal, además de uno novedoso referido a los espacios naturales protegidos. Mayor extensión tiene, con cien páginas, el tercer grupo, de geografía humana, que reúne los cinco apartados convencionales de población, actividades primarias, industria y energía, comercio y transportes y comunicaciones. Finalmente, cierra la obra un cuarto grupo, el más innovador, centrado en la presentación de los paisajes rurales y, sobre todo, urbanos de la región.

La cartografía 1/100.000 es de fácil lectura; aunque carece de curvas de nivel, la altitud se representa con tintas hipsométricas, diferenciadas por intervalos de 200 metros, sombreado incluido. Los municipios o concejos son la referencia administrativa principal y se incluye su delimitación, que bien podría haber sido más rotunda. Los núcleos de población tienen un color diferente según su entidad administrativa respectiva. En amarillo figuran las cabeceras municipales y en rojo el resto de las entidades de población, lo que propicia una lectura muy cómoda en los municipios rurales, que suelen tener abundantes entidades de población distantes entre sí y unas cabeceras de poco tamaño, pero el resultado es demasiado chocante en los municipios urbanos más poblados, en los que zonas colindantes y, en ocasiones, con usos semejantes, tienen colores distintos. En Avilés y Gijón tal contraste resulta muy llamativo, incluso estridente si tenemos en cuenta la fuerza de los colores utilizados. La mayor singularidad del mapa, no obstante, radica en su toponimia. La decidida opción tomada a favor del bable provoca unos resultados como mínimo sorprendentes, aunque la doble grafía, castellana y bable, existente en los núcleos mayores, reduce el problema y soluciona alguna indeterminación, como la existente en las diferentes Polas (de Siero, de Laviana y de Lena). No estaría de más, por fin, un índice topográfico de las entidades de población con una referencia espacial, que facilitara su localización por parte de los lectores menos conocedores de la región asturiana.

Las imágenes de satélite, procedentes del Landsat 5-TM, constituyen un elemento destacado de la obra, por lo novedoso de su inclusión, pero adolecen de ciertos problemas. No se detalla el procedimiento seguido en la obtención final de los colores, que sólo se remiten a una leyenda de usos de suelo, más o menos clarificadora. La definición cromática de ciertas áreas es nítida, como ocurre en las zonas nevadas y en las aglomeraciones ur-

banas, pero algunas coloraciones, como las rojizas o granates, muy abundantes en el Occidente asturiano, no encuentran explicación en la leyenda. En la presentación de las imágenes, además, sería conveniente incluir una referencia escrita de las principales localidades y debería ser indispensable su norteado. En realidad, la falta de indicación de los puntos cardinales en las hojas se suple en unos casos por la evidencia de la línea de costa o de las áreas nevadas, pero ello no siempre ocurre, lo que puede perjudicar su interpretación por parte del lector medio.

Los capítulos dedicados a la geografía física proporcionan en su texto una adecuada síntesis de los rasgos naturales del Principado, pero también lo hacen a través de una adecuada combinación de los mapas temáticos, los gráficos y la fotografía aérea oblicua, muy abundante en este apartado. Las imágenes aéreas además de bellas son muy ilustrativas, pues los encuadres están muy bien seleccionados, y resultan muy clarificadoras, como las que reflejan episodios climáticos con la nubosidad diferencial (nieblas, tiempo del Sur) o determinados elementos fisiográficos (áreas de cumbres, rasas litorales). Entre los mapas temáticos destacan la novedad y precisión del mapa geomorfológico y los resultados termopluiométricos de alguna situación climática elegida como modélica. Cabe resaltar también la novedad de los bloques diagrama obtenidos por ordenador, tanto más rotundos cuanto mayores son los desniveles existentes. Y, en el mismo sentido, son muy útiles las imágenes de satélite como complemento a los tradicionales mapas isobáricos en la presentación de episodios climáticos. Pero también se evidencia algún desequilibrio interno, pues se reduce en exceso el espacio dedicado a la cubierta vegetal, limitado a cuatro páginas, mientras que hay sobreabundancia de información climática; y la referencia a los espacios naturales protegidos es adecuada a su relevancia actual, pero sus textos explicativos desentonan bastante del resto.

En los siguientes capítulos se ponen de manifiesto muchos de los rasgos explicativos de la geografía humana asturiana. La diferencia altitudinal interna o, dicho de otra manera, la variable presencia de la cordillera, la desigual altura de los valles o la existencia de corredores acaba organizando en cierta medida la implantación humana, como se evidencia en el mapa de «Distribución real de la población de Asturias (1991)», en el cual los círculos proporcionales guardan una clara relación con el dibujo de las tintas hipsométricas, de modo que por encima de los 400 metros de altitud el asentamiento humano es muy menguado. El empleo, en el mapa referi-

do, del detalle de las entidades de población clarifica la realidad del poblamiento, que resultaría mucho menos evidente utilizando sólo la base parroquial. La despoblación de la montaña, además, es un hecho relevante en la evolución reciente de la región, mostrándolo, entre otras circunstancias, que las líneas de recogida de las grandes centrales lecheras ya no llegan a los municipios meridionales, los más elevados.

De los mapas de densidades y cambios demográficos se deduce con gran claridad el desequilibrio territorial interno debido a la localización de minería e industria, que las infraestructuras y las vías de comunicación acaban de consolidar.

El despliegue de medios en estos apartados llega a ser espectacular, destacando el detalle de los principales puertos y la precisión lograda en las vistas aéreas de las más importantes industrias. Pero de nuevo aquí se puede advertir una cierta descompensación interna. El texto dedicado al comentario de los mapas de comercio es muy reducido, y lo mismo ocurre con el dedicado a la pesca, donde, por ejemplo, apenas se exponen los motivos del reciente reajuste portuario en lo referente a la pesca desembarcada, que es muy llamativo en algunos casos, como Cudillero.

El grupo final de la obra versa sobre los paisajes rurales y urbanos del Principado. Para los primeros se delimitan unos ámbitos ejemplares, desde las zonas de montaña en crisis hasta la agricultura periurbana y en ellos se realiza una síntesis de los usos del suelo, confrontando los fotogramas del vuelo americano de 1956/57 y de un vuelo autonómico de 1996; su presentación es francamente sugerente. Y las cinco principales ciudades asturianas, y sus correspondientes contornos, son objeto de un análisis muy minucioso, incluyendo mapas de usos de suelo, crecimiento espacial, morfología urbana y distribución interna de actividades comerciales seleccionadas y servicios financieros.

Muy ilustrativos son los mapas de usos de suelo de las áreas urbanas, presentados a escalas que oscilan entre el 1/83.333 de los alrededores de Oviedo y el 1/45.454 de la Cuenca del Nalón. Se emplea una doble coloración, una general referida al tipo de implantación —casco, urbanizaciones, polígonos industriales...— y otra de detalle, indicativa del uso predominante —residencial, industrial...— y superpuesta a la primera. Su legibilidad es muy alta, posibilitando un eficaz entendimiento del territorio. El mantenimiento de una clasificación homogénea en los usos reconocidos ayuda a la lectura. Tales mapas son una muestra clara de las ventajas

de la cartografía asistida por ordenador, aunque algunos detalles puedan mostrar, como el dibujo de los moldes de las edificaciones residenciales en Gijón, la imprecisión que produce una elaboración apresurada.

La selección hecha del comercio minorista, representada por el número de licencias del Impuesto de Actividades Empresariales (IAE), basada en la clásica oposición entre los ramos de alimentación y textil, permite una rápida puesta en escena de la jerarquía interna de los espacios de cada ciudad, que se corrobora después con el resto de la cartografía temática. Resulta llamativo el esfuerzo realizado en lograr unos mapas de morfología urbana, que son eficaces al mostrar cada caso concreto, pero que presentan problemas si se intenta hacer una lectura conjunta. Sin duda la peculiaridad de alguna ciudad es manifiesta, pero sorprende comprobar que tejidos muy similares, como los cascos históricos, reciban una denominación diferente en cada una de las cinco ciudades presentadas. Las fotografías aéreas cumplen aquí, como en el resto del Atlas, una labor primordial, permitiendo aquilatar aspectos que en los mapas son imposibles de representar. Tanto las vistas generales como las de detalle resultan muy ilustrativas para el público medio e imprescindibles para el especialista.

En suma, cabe celebrar la aparición de esta obra, que incorpora nuevos métodos cartográficos de representación, profundiza en el conocimiento geográfico de Asturias y proporciona una síntesis muy adecuada de la realidad territorial regional. Resulta muy útil para una actualización de contenidos en los ámbitos docentes y es muy adecuada para el lector culto quien, ante ella, seguirá en la creencia de que en tales materias la presencia del geógrafo debe seguir siendo valorada.— RAFAEL MAS HERNÁNDEZ.

*Una Geografía Histórica de Galicia**

En el panorama editorial de la Geografía española no son habituales los estudios de los complejos culturales y la evolución morfológica del espacio a lo largo del tiempo, que, al contrario, son tradicionales en el mundo anglosajón. Patrick O'Flanagan, profesor irlandés del University College Cork, estudioso de las regiones atlánticas europeas, sabedor de este hecho, dedica el pri-

* O'FLANAGAN, P. (1996): *Xeografía Histórica de Galicia.*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 220 págs.